



22 de febrero de 1874

Perseverar en la oración

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Voy a dejar para esta tarde cualquier otro tema, quiero comentaros lo siguiente: todas habéis oído hablar del milagro de este niño de nueve o diez años. No se había curado, después de una novena al Padre Olivaint. La hermana que lo cuidaba le dijo: "Hijo mío, será porque no hemos rezado lo suficiente". Y cuando empezó a rezar de nuevo con confianza, el niño se curó completamente.

Quería llamar la atención sobre el poder de esta súplica apremiante. A menudo hacemos novenas, recitamos letanías, o cualquier otra oración durante nueve días seguidos. Pero una vez que los nueve días terminan, se acabó, no pensamos más en ello. ¡Rara vez volvemos con una súplica apremiante o insistente, con una constante oración, para obtener lo que pedimos a Dios!

Ahora, sobre todo, lo que hay que pedir es la venida de nuestro Señor Jesucristo, el bien de la Iglesia, la salvación de las almas. Recemos por este gran objetivo, la conversión de los pecadores, por el triunfo de la Iglesia, por la libertad, la pureza, la santidad de la Iglesia. La Iglesia es siempre santa, pero corresponde a la santidad de la Iglesia que los sacerdotes, los religiosos, que todos los que la sirven sean santos. Recemos de nuevo por la liberación del Papa, por el final de esos males que, amenazando a los cuerpos, amenazan también a las almas, como las revoluciones y las guerras que propagan el mal en la sociedad cristiana.

A estos grandes motivos generales, podemos añadir los particulares en todo lo que concierne a nuestra perfección, al bien de la Congregación, una gracia que pedimos para una de nuestras hermanas, para una fundación, todas aquellas cosas que creemos que son útiles para la gloria de Dios, su servicio y su reino aquí en la tierra.

¿Pedimos todo esto con suficiente constancia? Cuando tenemos un poco de tiempo, ¿lo utilizamos para rezar con todo nuestro corazón? ¿Con verdadera atención, con gran fervor? Si queréis saber por qué a menudo no obtenemos el objeto de nuestra oración, es porque no rezamos con suficiente insistencia. En lugar de rezar con constancia, con confianza en Dios, nos volvemos hacia nosotros, a lo que nos ocupa, a nuestros defectos, a lo que tenemos en el alma, y no nos dirigimos a Dios con suficiente frecuencia.

Por lo tanto, me limitaré esta tarde a recomendaros que insistáis en la oración; que hagáis de la *oración insistente* lo más fundamental de vuestra vida. Cuando no tenéis nada que hacer,

cuando habéis terminado vuestro trabajo, cuando estéis libre de cualquier ocupación, reza por una cosa u otra. Pedid lo que necesitáis en el momento en que os encontráis.

Observad que nuestro Señor, para hacernos comprender la importancia de la oración, utiliza comparaciones sencillas que no son difíciles de entender. Un hombre que, no teniendo pan, llama a la puerta de su amigo, y persevera en llamar hasta que hasta que se lo da¹. Así que podemos pedir pan, es decir, lo que necesitamos, y podemos pedirlo con confianza, como un niño a su padre.

Rezad, pues, queridas hijas, rezad con perseverancia por todo lo que necesitáis, así como por las grandes cosas, las cosas generales, las cosas importantes que conciernen a la Iglesia, a la salvación de las almas, y que deben tener una gran importancia en nuestras vidas.

¹Lc. 11,8